

Lima, Domingo 9 de Abril de 1972

— EXPRESO

CORREO LATINOAMERICANO

La Cortina del Silencio

Sobre Puerto Rico

MEXICO.— Las agencias noticiosas que sin cesar informan de las vicisitudes de los escritores rebeldes de la Unión Soviética, nada dicen de las vicisitudes de otros escritores que tenemos más cerca —tan cerca como la tierra hispanoamericana de Puerto Rico— isla sobre la cual cae otra cortina de las muchas que ha desplegado el mundo moderno, ésta la del silencio. Así nadie sabe que el más importante narrador puertorriqueño, el que representó inicialmente su modernidad literaria, José Luis González, hace veinte años que no puede entrar a su propia patria porque las autoridades de Inmigración, que son norteamericanas, se lo impiden.

Vive desde hace dos décadas en México donde trabaja como profesor de literatura hispánicas en la Universidad y donde, después de pasar por un larguísimo período de silencio literario, acaba de emerger con una serie de libros de cuentos que recogen ordenadamente su producción, tanto la pasada, adolescente casi, como la nueva, inédita, de su madurez, en diversas agrupaciones temáticas. El primero de los títulos que señala su reaparición es *La galería*, donde pueden encontrarse algunas pequeñas obras maestras de la narrativa populista hispanoamericana, y ya se anuncia un nuevo volumen, *Mambrú se fue a la guerra*, que recoge novelas cortas en torno a la obligada participación puertorriqueña en las guerras mundiales de los norteamericanos. Es en México donde he venido a conocerlo y, a través de algunas conversaciones informales, he ido reconstruyendo una historia personal tan curiosa como representativa de los problemas culturales de nuestra América.

José Luis González nació en 1926 en un pueblito de Puerto Rico y no había cumplido diecisiete años cuando ya era escritor de cuentos que recibieron distinciones en los certámenes anuales de una benemérita institución, el Ateneo de Puerto Rico que en las décadas del cuarenta y del cincuenta resultó una eficaz herramienta de preservación y desarrollo de la cultura propia de la isla que se enfrentaba al proceso de violenta aculturación perseguido por los ocupantes. Esos mismos cuentos aparecieron en la revista *Asonante* con la cual su directora, Nilita Vientós Gastón, mantuvo al mismo tiempo la mes-

piración literaria de la isla y su integración en el proceso creativo hispanoamericano del que se la había tratado de desgarar desde el 98. El narrador veinteañero se transformó así en el adelantado de la generación literaria del 40: así lo definió René Marqués, en sus estudios críticos del período, con entera justicia, porque si no por su edad al menos por su precocidad, fue José Luis González quien marcó el derrotero que siguieron el propio Marqués Díaz Valcárcel, Pedro Juan Soto, Luis Rafael Sánchez, en diversos momentos e inflexiones de estas últimas décadas. Los cuentos que J.L. González escribió en la década que va de 1943 a 1953, implican la transformación de la narrativa puertorriqueña, incorporándola a los temas urbanos, a un populismo estilizado y sensible, modernizando los planteos sociales y dotándola de una escritura pulida, limpia y esencial que dará la tónica del nuevo realismo hispanoamericano. Uno de esos cuentos, "En fondo del caño hay un negrito", ya es cita obligada en las antologías del género.

Pero esa intensa actividad, de la que nacieron libros y que anunciaba una promisoría carrera literaria, fue bruscamente interrumpida a la altura de 1953. El escritor de 27 años abandonó su isla y, conjuntamente, la literatura, guardando en adelante un silencio de casi veinte años. Siempre me había intrigado esta situación, que tendía a explicar por la falta de profesionalismo del escritor puertorriqueño, y aproveché la ocasión de conocerlo para preguntar por qué se fue de la isla y por qué dejó de escribir.

Me fui, dice, porque ya no tenía de qué vivir. Incorporarse al comunismo en Puerto Rico no es asegurarse un porvenir cómodo. Escribía texto para la radio bajo nombres supuestos y hasta debía reemplazarme mi padre para cobrarlos. Además la situación se complicó cuando me casé con una checoslovaca a quien, —estábamos en la guerra fría— el gobierno norteamericano le negó visado para acompañarme a mi patria. Con ella no podía volver a la isla. Me trasladé a México, decidido a comenzar otra vida.

Ahí se me planteó el problema de la literatura. Yo llegué a México como un escritor populista y me encontré con que se iniciaba el auge de la litera-

tura vanguardista. Con Rulfo todavía me podía entender, pero ya no con los Carlos Fuentes o los Cortázar. Lo que yo escribía resultaba viejo. Además es cierto que tenía mucho que aprender y leer, pues había sido un escritor espontáneo, sin mayor conocimiento reflexivo de los problemas literarios, de modo que comencé a estudiar. Por último llegaba a un país desconocido donde tenía que ganarme la vida y donde debía dedicar mi tiempo a asegurar la subsistencia material. La literatura desapareció del campo de mis obligaciones diarias. Ocasionalmente escribía, pero esos cuentos quedaban entre los papeles secretos.

¿Cuándo volví a la literatura? Fue en Francia. La Universidad de Toulouse me contrató para dictar un curso de un año; fue un año entero en que estuve tranquilo, en que use de tiempo para leer y pensar. Quien me ayudó a volver a la literatura fue Solzhenitsyn: leí sus novelas y me dije que ahí había un escritor que contaba cosas apasionantes y que las contaba con sencillez, tal como yo mismo podría haberlo hecho, y que eso no dificultaba una creación artística verdadera. Me puse entonces a escribir y desde entonces no he abandonado la literatura.

Ahora de nuevo en México he cobrado fuerzas para ir publicando lo que he escrito en estos tiempos de silencio y acometer nuevas obras.

Pero este isleño vive en la nostalgia de su isla, en la necesidad de convivir con su tierra y sus hombres. Después de gestiones que duraron meses, después de escribir una carta personal al presidente Nixon pidiendo que se le permitiera descender en su isla al regreso de Francia, obtuvo un visado exclusivamente por tres días para ir al pueblo donde aún vive su padre y abrazarlo después de los casi veinte años de forzada separación. Este sorbo escaso y mezquino de su propia tierra no ha hecho sino despertarle la necesidad, que lo es para él personalmente y para su literatura, de convivir libremente con sus compatriotas. Como un ejemplo más del kaffiano universo creado por el sistema consular norteamericano, actualmente su esposa puede entrar a Puerto Rico mientras él, a la puerta de su propia tierra, golpea y golpea en vano.